

ó admiramos, al proyectar nuestros pensamientos ó los rayos de nuestro cariño hacia él, le abrimos la puerta para que ese Espíritu pueda venir á morar con nosotros.”

Los Espíritus no sólo se preocupan de la forma física, sino del medio social, de la familia y de las diversas condiciones en que han de reencarnar. En sus juicios influyen sus gustos, sus afectos, sus propósitos y también sus pasiones. De esto trataremos extensamente en la parte moral de esta obra.

3º A medida que el hombre envejece ó que la enfermedad consume el organismo, los lazos que unen el Espíritu á la carne se aflojan. Los fluidos vitales extenuados no pueden retener al periespíritu, que gradualmente se desprende del cuerpo moribundo. Llega el momento supremo: los lazos se sueltan, *no se rompen*, una cabeza luminosa se destaca de la cabeza yacente, la siguen los hombros y el resto del cuerpo flúidico, por un instante flota entre las dos formas un lazo brillante que la Biblia llama “hilo de plata,” deshácese éste, y el Espíritu recupera la libertad.

No se crea que la separación del alma y del cuerpo es total en el momento de la muerte: un lazo simpático continúa ligando en cierto modo el Espíritu al cadáver. Por eso los ocultistas se oponen á la cremación de la envoltura carnal en los días subsiguientes á la liberación del alma. Mientras la forma originada por las emanaciones magnético-nerviosas del organismo — *linga sari-ra*, en lenguaje esotérico— no se desintegre y desvanezca, el daño que se le cause al cadáver puede refluir sobre el Espíritu liberto. Algunos mensajes de ultratumba nos han expresado los espantosos sufrimientos del alma durante la cremación ó mutilación del cadáver. Es sabido también que muchas de las apariciones espontáneas se deben á Espíritus que toman de los cadáveres los elementos flúidicos necesarios para relacionarse con los vivientes.

La vuelta al plano espiritual no es súbita. El alma al separarse del cuerpo cae en un estado de turbación más ó menos duradero, conforme veremos en la parte moral de esta obra.

4º La ley de la reencarnación es universal. Todas las almas transmigran de un cuerpo á otro, *siempre en sentido ascendente*. Reencarna lo mismo el Espíritu del hombre que el de la bestia, según expusimos al tratar de la metempsicosis. El gusano de hoy es la mariposa de mañana. Llegará, sin embargo, un día en que, vencedores de la ignorancia y del pecado, salvaremos el *círculo de los viajes* para entrar en el de la felicidad. “Las almas que han

alcanzado la suprema perfección —dice Christina,— no vuelven jamás á esta vida perecedera, mansión del dolor. Llegadas á la suprema vía, ya no han de renacer más.”

5º Dicen los antirreencarnacionistas:

“Nosotros no hemos existido antes de nacer, pues, si así fuera, conservaríamos algún recuerdo de nuestras vidas pasadas.”

Esta objeción es fácil de refutar. Nadie se acuerda de los nueve meses que pasó en el seno de su madre ni de cuanto hizo en los tres ó cuatro primeros años de la infancia. Esto no obsta para que afirmemos que existimos tanto en uno como en otro caso. Además, los sonámbulos al volver al estado normal no recuerdan nada de cuanto hicieron durante el sueño magnético. Es, pues, natural que el Espíritu al tomar un nuevo cuerpo pierda la memoria de sus existencias pasadas.

Otra objeción:

“Si al reencarnar se pierde la memoria, de nada sirven en una existencia los conocimientos y virtudes atesorados en otra.”

Esto no es verdad. La personalidad moral no se desvanece con la memoria, sino que se revela en las inclinaciones buenas ó malas de los niños y en el carácter ya formado de los hombres. En cuanto á la personalidad intelectual, se revela en eso que el vulgo y los hombres de ciencia llaman *aptitudes ó disposiciones* naturales. ¿Cuándo y dónde aprendió Sócrates á ser bueno, justo y sabio? ¿Quién enseñó á Colón á perseverar? ¿Cómo resultó un Cristo el hijo de un carpintero?

Otra objeción más:

“Si conserváramos la memoria recordariamos nuestras buenas ó malas acciones, lo que nos sería muy útil. No vemos ningún fin providencial en la supresión de la memoria. La Providencia no puede hacer nada sin un propósito, sin un fin. Luego no hemos existido en otras épocas.”

Nosotros sí vemos un *fin providencial* en el olvido (temporal) de las existencias pasadas. Al renacer, el Espíritu se encuentra en este mundo como un sér nuevo; ningún recuerdo doloroso le atormenta; está libre de prejuicios, y puede perfectamente relacionarse con sus hermanos, sin que nadie le pida la *papeleta amarilla* del presidio. Muchos hombres en la tierra no pueden regenerarse porque la memoria los ata á un pasado de odios, miserias, vicios y crímenes, y porque la sociedad se empeña en ver siempre en ellos á los culpables de otra época. El *mundo* no per-

dona Inútil es que la mujer perdida se afane por reconquistar el cielo de donde cayó. Esta mujer *sólo reencarnando* podrá alternar sin reparo con las personas que aquí llamamos honradas, y casarse y tener hijos á quienes nadie eche en cara la afrenta de su madre. Las Magdalenas no pueden aspirar en esta vida á semejante gloria.

Quizás en mundos superiores los Espíritus al reencarnar no pierdan la memoria; pero aquí es indispensable, tanto por las razones expuestas como por otra no menos poderosa: los Espíritus atrasados son débiles, no pueden contemplar la eternidad sin sentir el vértigo del pavor; son como niños á quienes hay que llevar etapa por etapa á la perfección, que es la felicidad, y si Dios no les concediera el *descanso* de la memoria, les abrumaría el peso de su redentora cruz y le rogarían, como el Judío Errante, que les concediese la gracia de morir

CAPITULO X.

PLURALIDAD DE MUNDOS HABITADOS.

1º Opiniones acerca de la habitabilidad de los mundos.—2º Lugar de la Tierra en el sistema planetario.—3º La Luna.—4º Mercurio y Venus.—5º Marte.—6º Júpiter.—7º Saturno.—8º Urano y Neptuno.—9º Posibilidad de seres distintos de nosotros.—10º Un cálculo de Flammarion.—11º Falta de pruebas materiales.—12º La pluralidad de mundos y la pluralidad de existencias.

1º La teoría de la habitabilidad de los mundos es antiquísima. Muchos siglos antes de Galileo, Kepler y Newton, ya los aryanos, los egipcios, los griegos y aun los druidas, habían afirmado que las estrellas eran mundos muy semejantes al nuestro, posiblemente habitados por razas superiores.

“Necesse est confiteare —decía Lucrecio en su poema *De Natura Rerum*— esse alios aliiis terrarum in partibus orbes, et varias hominem gentes et saeda ferarum.”

En la Edad Media no faltaron apóstoles de esta gran verdad, siendo lo más notable que quienes tal afirmaban eran en su mayoría sacerdotes, como Nicolás de Cusa.

“Más allá de este mundo —se lee en los escritos de un canónico— es decir, más allá del Cielo Empíreo, no existe ningún cuerpo; pero en este espacio infinito (si es permitido hablar así) donde nosotros estamos, Dios existe en su esencia y ha podido formar muchos mundos incalculablemente más perfectos que el nuestro, como lo afirman varios eclesiásticos.”

En tiempos más recientes, Giordano Bruno, Galileo, Descartes, Kepler, Campanella, Helvecius, Fontenelle, Leibnitz, Newton, Wolf, Kant, Herschel, Swedenborg, Davy y el mismo Laplace, entre otros muchos, creyeron en la habitabilidad de los mundos.

Modernamente, esta teoría sólo encuentra resistencia en la Iglesia Católica y en las sectas protestantes, que se han encastillado en la letra muerta de los libros santos, dando la razón á Moisés contra Jesús, quien, como sabemos, dijo á sus discípulos: “Hay muchas moradas en la casa de mi Padre.”

29 La ciencia astronómica ha venido á deshacer muchas quimeras. Copérnico destruyó el sistema de Ptolomeo, aceptado por los padres de la Iglesia, manifestando que el Sol, y no la Tierra, ocupa el centro del sistema planetario. Galileo afirmó el movimiento de la Tierra, y con la invención del anteojo, concluyó para siempre con la grosera suposición de que las estrellas habían sido hechas para luminarias del hombre, pues más allá del *firmamentum* descubrió una muchedumbre de astros invisibles á simple vista. Descubrimientos posteriores han hecho retroceder las fronteras del Universo, demostrándonos que doquiera se extiende el espacio sin límites poblado de infinitud de mundos.

Nada nos autoriza para sostener que la Tierra es el único globo habitado. ¹

¹ Astronómicamente hablando, nuestro planeta es un puntito insignificante en medio del coro grandioso de los mundos. Nuestro mismo enorme Sol, que es 1.284,000 veces más voluminoso que la Tierra, es apenas un átomo fosfórico comparado con Sirio, que es la estrella más cercana.

Víctor Hugo en su bellísimo poema *El Abismo* hace hablar de esta manera á Septentrión:

“Yo soy Septentrión que entre vosotros aparece
con siete ojos vivos y soles por pupilas,
luminarias eternas de las eternas sombras.
Sirio con todos sus globos no sería
ni siquiera una chispa en el menor de mis hornos.
Las estrellas de los cielos se mueven ahí abajo
arrastrando sus esferas de oro y sus lunas fieles

La Tierra, por su tamaño, ocupa el cuarto lugar en nuestro sistema planetario. Sólo Mercurio, Marte y Venus son más pequeños que ella. En cambio, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno son incomparablemente mayores.

“Apenas podemos—dice Mr. C. Flammarion—formarnos una idea del mundo gigantesco de Saturno, cuando sabemos que 800 globos como el nuestro reunidos en uno solo no darían todavía un volumen igual al de este planeta, aun sin tener en cuenta sus vastos anillos y sus numerosos satélites. ¡Cómo, pues, abarcar en nuestras concepciones al de Júpiter, que sobrepasa al nuestro en 1,234 veces! ¿Y qué diremos del Sol, que representa por sí solo 1.284,000 globos terrestres?”

“Al aspecto de esas imponentes masas—exclamaba Fontenelle—¿cómo puede imaginarse que todos esos grandes cuerpos hayan sido hechos para no ser habitados? Créalo quien quiera; en cuanto á mí, no puedo resolverme á ello... La vida está en todas partes, y aun cuando la Luna no fuese más que un cúmulo de rocas, antes las haría roer por sus habitantes que privarla de ellos.”

y si yo me pusiera en marcha en medio de ellas
en los campos del éter á mi esplendor sometidos,
mi rueda aplastaría á todos esos soles hormigas!”

Deja oír su voz la *Vía Láctea*, y dice:

“Mi abismo brillante es vuestra fuente común.....
Tantos astros, tantas inmensidades extrañas,
diversas, semejantes á ángeles ó demonios,
gira en torno de cada uno de mis soles inflamados.....”

Interrumpen las *Nebulosas*:

“¿A quién te diriges, copo lejano que pasas?
Apenas oímos tu voz en los espacios.
No te distinguimos más que como un nimbo obscuro
en el rincón más apartado y tenebroso de los cielos.....”

Nuestra pequeña Tierra en el abismo celeste es menos, mucho menos, que un grano de arena en la inmensidad del océano. ¡Quién sabe si nuestro mismo Sol es un satélite lejano de algún foco enorme en torno del cual giran Sirio, los tres soles de Aldebarán, los dos del Centauro, Proción, Vega, Orión, etc., arrastrando en su vuelo vertiginoso una ardiente procesión de mundos! ¡Y aún hay quienes se aferran en creer que Dios escogió este pequeñísimo globo para morada del hombre y para teatro del sacrificio de su único Hijo!

Por su proximidad al Sol, la Tierra ocupa el tercer lugar en el sistema, entre Venus y Marte, distando del Sol 37.000.000 de leguas. El primer lugar corresponde á Mercurio, que dista del astro central 14.300.000 leguas y cuyo año dura 88 días de los nuestros; el último corresponde á Neptuno, que se encuentra á 1.110.000.000 de leguas del Sol.

3º La *Luna*, nuestro satélite, nos muestra sólo un hemisferio, en el cual parecen reinar la soledad y la muerte. Su superficie está erizada de altísimas montañas y de conos de volcanes extintos. Como carece de atmósfera, superfluo es decir que no se advierte en ella el menor indicio de vegetación. Mas, ¿quién sabe si en el otro hemisferio, que no vemos, se ha refugiado la vida? Lo más lógico es presumir que ese pequeño mundo fué una vez morada de toda clase de seres, y que, habiéndose enfriado por razón de su volumen más rápidamente que la Tierra, es hoy un cadáver petrificado; pero como en los designios de Dios no cabe que exista nada inútil, la Luna alumbrá nuestras noches y nos presta muchos otros servicios inapreciables.

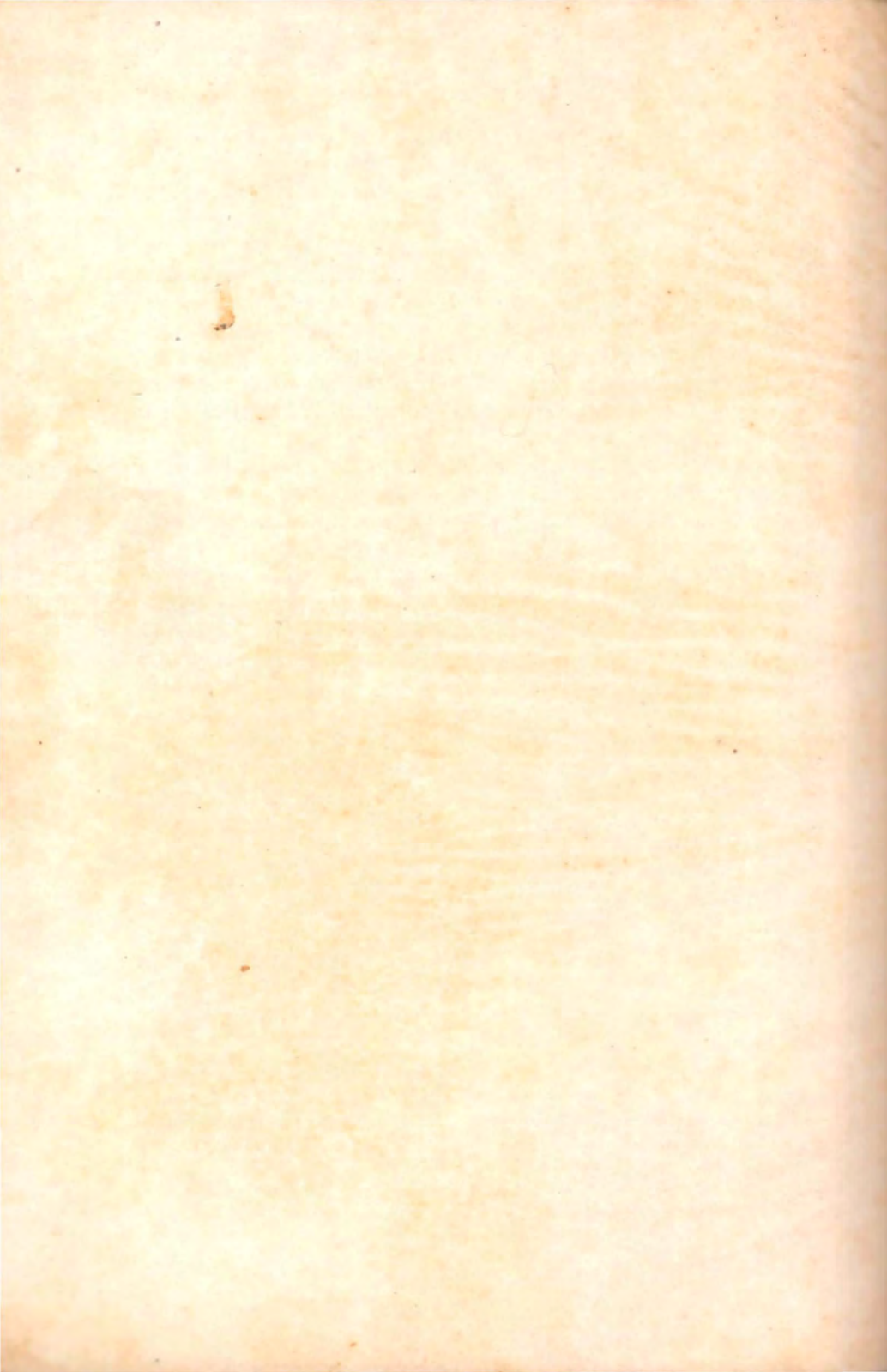
4º *Mercurio* recibe del Sol siete veces más luz y calor que la Tierra; está rodeado de una atmósfera muy densa, casi siempre cubierta de nubes, y tiene montañas más altas que las nuestras.

Los días de *Venus* duran casi tanto como los de la Tierra (23 h. 27 m.); sus estaciones se suceden con más regularidad; su atmósfera, muy elevada, se parece á la nuestra, y algunas de sus cadenas de montañas sobrepujan cuatro veces en altura á los Himalayas. El análisis espectral ha demostrado que en este planeta *existe agua químicamente igual á la de la Tierra*.

5º *Marte*, que por su vecindad ha sido mejor estudiado que los otros planetas, completa su rotación diurna en 24 h. 37 m. y 23 s. Su superficie está erizada de esbeltas montañas; tiene hermosos mares, lagos y ríos; su atmósfera es también muy semejante á la nuestra, y nosotros podríamos sin ningún temor apagar la sed en sus manantiales. Espesas nubes recorren de cuando en cuando su cielo y se deshacen en bienhechora lluvia que vivifica una vegetación que debe de diferir poco de la nuestra, y periódicamente se cubren de nieve sus polos. ¿Quién no ha oído hablar de los famosos *canales* de Marte? Casi todos los mares de ese mundo están unidos por largas cortaduras geométricas hechas en los puntos más estrechos de los continentes, cortaduras



Dibujo Medianímico obtenido por el célebre dramaturgo Victoriano Sardou y que parece representar la vegetación de uno de los planetas de nuestro sistema.



que no parecen obra de la naturaleza, sino de una especie de *animales inteligentes*.¹

¿Para quién —preguntamos— esos hermosos crepúsculos, esas puestas de Sol, esas nubes teñidas de naranja, de púrpura, de ópalo y de rosa? ¿Para quién esos valles risueños, esa vegetación espléndida, esas montañas de esmeralda, esos océanos azules, esas costas llenas de golfos, bahías, ensenadas, esos archipiélagos, esos ríos, etc.? ¿No hay allí seres que piensan y sienten como nosotros; que se dedican á la agricultura, á las artes, á las ciencias; que quizás niegan que nuestra Tierra está habitada, y que, participando de nuestras iniquidades, se inmolan en aras del dios de la guerra?

6º El mundo majestuoso de *Saturno* posee dos anillos inmensos y un brillante cortejo de satélites, algunos de los cuales son casi tan grandes como nuestra Tierra. Sus estaciones están mejor caracterizadas que las nuestras, y durante sus inviernos se cubren de nieve sus polos. No podemos formarnos ni la más leve idea de los magnificentes espectáculos de que deben de gozar los saturnianos.

7º *Júpiter* es superior á la Tierra, no sólo por su volumen y por la duración de sus años, sino porque como su eje no está inclinado, allí la temperatura de las diversas zonas es constante, de manera que los jupiterianos, si existen, no deben de estar expuestos á la sucesión de abrasadores estíos y frígidos inviernos.... Quizás ni se toman la molestia de consultar el termómetro, aparatito que aquí nos es tan indispensable y que ellos sólo deben de utilizar en sus viajes á las otras zonas ó en sus ascensiones á las montañas.

8º *Urano* y *Neptuno* están, como los demás planetas, rodeados de una atmósfera semejante á la de la Tierra. La enorme distancia que los separa del Sol, el cual debe brillar en sus respectivos cielos como una estrella de primera magnitud, se invoca en contra de la habitabilidad de esos mundos. Lo contrario se alega para sostener que la vida es imposible en Mercurio.

1 El Prof. Lowell, director del observatorio de Flagstaff, Arizona, EE. UU., observó el último verano el principio de las obras de un nuevo canal que acaba de ser terminado por los marcianos en el momento en que escribimos estas líneas (Febrero de 1910). El nuevo canal mide 1,000 millas de largo y se extiende á través del gran desierto de Libia. Su objeto es fertilizar esa región árida que comprende una parte considerable de la superficie del planeta.

9º La vida, tal como la concebimos en la Tierra, es, en efecto, imposible en Mercurio, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, como es imposible en la zona tórrida la existencia de ciertas especies de animales y plantas propias de las zonas templadas y glaciales. La vegetación asombrosa de los trópicos es incomprendible en Groenlandia y en Escandinavia. La Providencia ha dispuesto que la vegetación y la animalidad se desenvuelvan en armonía con las condiciones climatéricas y según los elementos químicos de cada región. Los esquimales son pequeños, rechonchos y aceitosos, no por un capricho de la naturaleza, sino, porque si así no fueran, no podrían soportar las bajas temperaturas de las cercanías del polo.

Los habitantes de Urano y de Neptuno deben de haberse desarrollado según las condiciones de existencia de sus respectivos mundos. El Sol mismo puede ser la morada de una humanidad muy diferente de la nuestra, y quizás superior. Pero, aun suponiendo que el tipo Tierra sea el indispensable para que la vida orgánica se manifieste, ¿no es dable suponer que, entre los quintillones, sextillones ó decallones (póngase aquí cualquier cifra) de sistemas planetarios que pueblan el Espacio, existen millares de planetas en las mismas condiciones de habitabilidad que el nuestro? El Sol está habitado, ó lo estará, cuando extinguida por irradiación su inmensa hoguera, sobre la costra firme de sus continentes y en el fondo de sus mares aparezca la vegetación, la que, como vimos en anteriores capítulos, precede siempre á la animalidad.

Por otra parte, el excesivo calor y el excesivo frío no impiden que la vida animal se manifieste. A ciertos infusorios parece que les es indiferente la temperatura, pues lo mismo se les encuentra en el mar de la China que en el Báltico. Los diátomas, que viven en las fuentes termales del Canadá, han sido también encontrados en las vecindades del polo Norte. La coloración de la nieve en ciertos puntos de los Alpes es debida á una especie de microbillos de caparzones encarnados. La presión atmosférica tampoco es un obstáculo á la vida, pues la sonda ha recogido á más de 3,000 metros de profundidad, en el océano Pacífico, algunas especies de animales que sufrían una presión de más de trescientas atmósferas.

10º Mr. C. Flammarion demuestra, en su bella obra "Fantasías Estelarias," la posibilidad de seres químicos distintos de nosotros, y luego hace este curioso cálculo:

“El número de estrellas que nos revela un telescopio de regular potencia asciende á diez millones. Si admitimos que cada una de esas estrellas no tiene más que un planeta, obtenemos el número considerable de diez millones de estos últimos. En la órbita de la Tierra, hemos visto que, de ocho planetas, tres pueden ser considerados como habitables (Venus, la Tierra y Marte). Pues admitamos que esta suposición no sea en el Universo más que del uno por ciento, y nos encontramos con la friolera de *cien mil astros habitables*.”

11º Pruebas materiales, evidentes, de la habitabilidad de los mundos, faltan; pero ello se debe á la insuficiencia de nuestros aparatos, que no nos permiten observar de cerca las maravillas estelarias. Sin el microscopio, nunca nos hubiéramos dado cuenta de la existencia del universo de los infinitamente pequeños. Sin el telescopio, aún creeríamos en el Génesis mosaico. Lo que el espectroscopio nos ha revelado, existía pese á nuestros torpes sentidos. Constrúyase un aparato formidable, capaz de aproximar á Marte tantas veces como sea preciso para que distingamos los focos eléctricos de sus ciudades, sus templos, sus academias, sus paseos, etc., y entonces habremos adquirido la prueba irrefutable de la existencia de seres inteligentes en su superficie. ¡Quién sabe si ellos há siglos nos están haciendo señales, y como no respondemos, cual los saturnianos y otras gentes de los mundos vecinos, ya han adquirido la convicción de que no existimos ó somos irracionales!

12º La doctrina de la pluralidad de mundos es el coronamiento imprescindible de la doctrina de la pluralidad de existencias. Ambas se completan formando un todo armonioso y sublime. “El alma va de mundo en mundo libando la luz, como la abeja de flor en flor libando la miel” (Victor Hugo). Esta grandiosa doctrina ha sido confirmada por los *Espíritus*. No una, sino infinitas humanidades glorifican al Ser Supremo, cuya potestad no se extiende sobre universos vacíos, sobre desiertos errantes.

Reconozcámoslo así, y escuchemos la conmovida voz del poeta del Cielo, que canta: “Cuando noches sublimes, cubriéndonos de magnificencias, enciendan en el Oriente sus adiamantadas constelaciones y derramen en lo infinito sus misteriosos resplandores al través de la inmensidad de los mundos, por entre los cielos estelíferos, bajo el plateado velo de las nebulosas lejanas, en las profundidades inconmensurables del Espacio, y hasta

más allá de las regiones desconocidas donde se descubre el esplendor eterno. . . . ¡saludemos, hermanos míos, saludemos todos: son las Humanidades hermanas nuestras que pasan!"

RESUMEN.

1º Dios existe y es causa de toda existencia.

2º Dios es el pensamiento infinito que reside inviolable en la esencia misma de las cosas; la voluntad todopoderosa que anima el Universo y le hace desenvolverse; la fuente de la vida, del amor y de la sabiduría.

3º Una sola substancia constituye el Universo. La materia es *un estado* de la substancia universal.

4º El Universo se desenvuelve por la vía evolutiva. Nuestro sistema planetario procede de una nebulosa que se enfrió por irradiación (teoría de Laplace). Los animales proceden de las plantas y éstas de los minerales. El hombre procede de una clase de monos antropoides extinguida há muchísimos siglos (el homo primogenius, piphecanthropus, alalus). Su progreso es consecuencia de la evolución. (Lamarck, Darwin, Wallace, Haeckel).

4º El fluido vital ó magnético es el conservador de las tradiciones hereditarias de la especie, la raza y la familia, la fuerza en virtud de la cual el individuo se desarrolla y multiplica, el *spiritus vitarum* de los filósofos antiguos.

6º El hombre es un Espíritu encarnado. Le constituyen tres principios: el espíritu, el periespíritu y el cuerpo físico.

7º El periespíritu es la envoltura celeste é incorruptible del Espíritu. Su pureza y brillantez están en relación del grado de progreso moral é intelectual del Espíritu.

8º El Espíritu es una individualización de la substancia primordial; es simple, incorruptible, eterno. Considerado en su propia esencia, no ha tenido principio; pero en sus manifestaciones, sí, pues su inteligencia se ha desenvuelto lenta y trabajosamente á través de las formas inferiores de la naturaleza.

9º El Espíritu de los animales difiere del nuestro sólo en grado de progreso, no en naturaleza, que es la misma. La metempsicosis progresiva es una ley general.

10.º “Nacer, morir, volver á nacer, progresar eternamente; tal es la ley.” (Kardec). La senda del progreso es infinita.

11.º El Espacio no está vacío sino poblado de Espíritus de toda clase y categoría, algunos de los cuales han vivido aquí en la Tierra.

12.º De la infinidad de mundos que pueblan el Espacio, unos actualmente están habitados, otros lo estuvieron y los demás lo estarán. La vida se manifiesta en todas partes.

13.º La Tierra es una estación celeste. Probablemente hemos vivido en otros mundos, y, sin duda alguna, nuestro progreso continuará en mundos más adelantados.

14.º El Espíritu disfruta de libre albedrío, con relación á sus semejantes é inferiores y al mundo susbtantivo ó material; mas no con relación á Dios, cuya autoridad no reconoce límites ni en el tiempo ni en el espacio.

FIN DEL LIBRO TERCERO.



LIBRO CUARTO

EL ESPIRITISMO MORAL

“Por bellas que sean las ciencia y la verdad, podéis asegurar sin temor de engañaros que la idea del bien las excede en hermosura.”

PLATÓN,
La República, Diálogo VI.

“Ni la existencia, ni el trabajo, ni el dolor, concluyen donde empieza un sepulcro.”

MARIETTA,
Páginas de Ultratumba,
Introducción.



EL ESPIRITISMO MORAL.

CAPITULO I.

DESPUÉS DE LA MUERTE.

1º Separación del alma y del cuerpo.—2º Período de turbación.—3º El verdadero Infierno.

1º Se ha dicho que el sueño es a *imagen de la muerte*. Si por muerte entendemos la transposición de la conciencia, debemos confesar que morimos todos los días. Luego nada de espantoso tiene ese tránsito que á tantas almas amedrenta.

Desde que se ha hecho la luz en tan profundo arcano la muerte ha perdido su aspecto melancólico y terrible. El "sueño eterno", el "perennial reposo", la "nada", etc., son palabras sin sentido, hijas de la ignorancia ó de la apatía que amodorra á los espíritus vulgares. ¿Qué hay en reposo en la naturaleza? ¡La actividad es la eterna ley de la Creación!

El hombre debe esperar sin temor ese instante supremo. La muerte es un fenómeno indispensable.¹ Sin ella, no podríamos

1 La mitología hinda en una preciosa fábula lo reconoce así.

Habiendo el dios de la muerte, Yama ó Dharma Radja, perseguido al joven Markanda, que no quería morir, hasta el santuario mismo de Siva, irritado éste por tal profanación se arrojó sobre Yama y le quitó la vida. Desde ese momento los hombres quedaron libres de la muerte, y dieron gracias á Siva por tan gran merced; mas la tierra, sobrecargada de habitantes, se encontró en estado de no poderlos sustentar, y el desorden y la confusión se enseñorearon del mundo. Alarmados los dioses, reconviniéron á Siva y le rogaron que devolviese la vida á Yama y lo restableciese en el uso de su antiguo empleo. Tan saludable consejo fué atendido por Siva, y apenas la muerte recuperó su imperio sobre los seres, el desorden y la confusión cesaron y la humanidad agradecida levantó altares en honor de Yama.

relacionarnos con los otros mundos, y, esclavos de la materia en un globo que, por grande que fuese, al cabo nos resultaría pequeño, maldeciríamos la vida como el mayor de los males.

La muerte, dulce para unos, suele ser para otros dolorosa y llena de angustias indecibles. Ello depende del grado de pureza de cada cual. El alma *animalizada*, por decirlo así, durante su vida terrestre, cautiva de sus deseos y sensaciones materiales, sufre moral y físicamente, pues, por un lado, lamenta abandonar un cuerpo que había hecho centro de sus placeres viciosos, y por el otro, no puede desprenderse fácilmente de los densos y groseros lazos que la aprisionan; el suplicio se prolonga, y suele tener alucinaciones espantosas.

“La hora de la separación —dice Denis— es cruel para el Espíritu que sólo cree en la nada. La duda se apodera de él, ve abrirse un abismo formidable y quisiera retardar el instante de la caída, empeñándose con furor en retener este cuerpo miserable. A veces permanece como clavado á él hasta la descomposición completa, y aun siente, según la expresión de un Espíritu, los gusanos roer su carne.”¹

No hay lenguaje para pintar la desesperación de los suicidas y de los ajusticiados, pobres almas lanzadas en un segundo al Espacio, y que caen en una noche sin término, hasta que abren los ojos á la realidad.

Los Espíritus buenos no están exentos de dolores físicos; pero como la muerte es para ellos el tránsito á una vida mejor, sobrellevan con calma sus angustias y aun sienten placer en medio de las mismas, pues ven aproximarse el momento de la libertad.

2º A la separación del alma y el cuerpo sigue siempre un período de turbación, fugaz para el Espíritu elevado, largo y terrible para el culpable. El Espíritu flota en los confines del mundo material, que se desvanece, y del espiritual que se esboza en las tinieblas y se abrillanta gradualmente. Aún no tiene ejercitados sus sentidos superiores y persisten en él las sensaciones de la carne. Mas el Espíritu elevado se da cuenta inmediatamente de su nueva condición, procura arrojar de sí los restos de su existencia carnal y una aurora llena de encantos misteriosos le devuelve la visión de las cosas celestes. Es la luz “astral,” las irradiaciones del *akasa*, ese fluido sutilísimo que algunos identifican con el etér.

1 León Denis.— *Después de la muerte.*

Como quien sale de una caverna lóbrega, el Espíritu se deslumbra; mas pasado ese momento de estupor, principia á reconocer seres que le fueron queridos en la tierra, amigos de otras existencias y hermanos de la patria celeste, que se le aproximan y le hablan en el lenguaje purísimo de los ángeles, idioma sin palabras, de dulzura incomparable; un sentimiento de libertad, de juventud y de dicha le inunda, y sin lanzar una mirada á sus miserables despojos, cruza el inconmensurable Espacio, absorto en la armonía de los mundos. Pasado ese instante febril, se detiene á meditar sobre sus actos pasados, y como un panorama inmenso, la memoria de sus anteriores existencias se despliega ante sus ojos.

Los Espíritus de orden inferior no se dan cuenta, en los primeros instantes, de su nueva condición. El periespíritu reviste á sus ojos todas las apariencias del cuerpo físico. Algunos permanecen taciturnos al lado del cadáver, creyéndose víctimas de un espejismo; ven la desesperación de sus parientes y tratan de convencerles de que existen aún; concurren á sus funerales, y se quedan en la atmósfera de la tierra, ya amedrentando con sus frecuentes apariciones á los vivos, ya interrumpiendo con sus lamentos la paz de los cementerios. Sienten frío, calor, hambre, sed, etc., y estas sensaciones subjetivas se prolongan en ellos hasta que un sér más adelantado les habla, les conforta y les hace comprender su verdadera situación. Tal es una variedad, sin duda la menos desdichada, de las "almas en pena."

Cada cual busca en el Espacio la confirmación de las ficciones religiosas que le inculcaron en la Tierra, y este deseo llega á ser tan intenso que, modelando el fluido imponderable que le rodea, ve ángeles ó demonios, infiernos ó cielos, en las creaciones momentáneas de su imaginación sobreexcitada, juego mágico que retarda el reconocimiento de las cosas celestes.

3º Nada hay comparable á la terrible condición de los culpables. Al cruzar el umbral de la otra vida, el temor del castigo les sobrecoge, y las puertas del verdadero infierno se abren ante ellos, infierno subjetivo, pero más horrendo. Sus crímenes, sus vicios, todo el cortejo de sus miserias, toma cuerpo y colorido ante sus ojos espantados. La incesante visión de sus víctimas les persigue, el eco de sus maldiciones zumba en sus oídos, y huyen y huyen en su delirio, sin lograr jamás adelantarse á su conciencia, llevando á sus espaldas el espectro implacable del temor. Su periespíritu conserva las abominables huellas de sus deseos y pa-

siones animales. Sufren el suplicio de Tántalo, pues se ven acosados por una lujuria que no pueden satisfacer y la sed insaciable y la gula desenfrenada les acongojan. El avaro ha de sufrir, rabioso é impotente, el espectáculo de sus tesoros despilfarrados por parientes ó amigos que se burlan de él; el celoso, loco de coraje tiene que contemplar á su esposa en brazos de otro hombre; en fin, cada cual se ve castigado en sus pasiones, en sus crímenes y en sus vicios, de la manera más ejemplar. ¡Cuán grande se nos representa la Providencia recompensando y castigando por vías tan naturales y sencillas, poniendo tras la culpa la pena, como consecuencia lógica de aquélla, y tras la pena el arrepentimiento, y con el arrepentimiento el perdón, la paz, y luego el amor, que es la felicidad! . . .

CAPITULO II.

EL JUICIO Y LA ERRATICIDAD.

1º El libro de las vidas; examen de conciencia.—2º Los Espíritus errantes.—3º Las enseñanzas del Espacio.

1º Horas antes de que el alma abandone la forma mortal, principia á considerar los actos de su vida, examen de conciencia lleno de dulzuras para el justo, tremendo para el culpable. Este examen puede durar un minuto y parecer un siglo. El alma viaja con inconcebible rapidez á través de sus recuerdos. Delanne habla de un hombre que, sorprendido por un tren en condiciones en que no podía escapar, no tuvo tiempo más que para echarse entre los rieles. “En el momento brevísimo en que la locomotora y todos sus carros pasaron sobre mí —manifestó aquel hombre— repasé todos los actos de mi vida, desde la infancia hasta la edad madura. Ninguna de las páginas del tremendo libro permaneció velada para mí.” A medida que se aflojan los lazos materiales, los recuerdos salen de la sombra; etapa por etapa, las existencias anteriores se descubren, y ya libre, el Espíritu contempla el camino recorrido hasta su condición presente, camino fragoso á tre-

chos y lleno de obstáculos y barrancos donde se estrellaron sus ilusiones; *via crucis* regada con sus lágrimas, donde ningún Cirineo le alivió del peso de sus dolores; senda florida que manchó con sus perversidades, pendiente abrupta que subió perseverando en el bien é ilustró con sus virtudes, etc. Ya se reconoce en el monarca infame que fué el *azote de Dios* para su pueblo, y se estremece de horror; mas luego se regocija al medir la distancia moral que le separa de aquel aborto del infierno; ya se contempla en el humilde pescador que, ignorante de sus destinos, se divertía arrojando guijarros á las olas, y se mira luego, excelso Newton, meditando al pie de un manzano en la gravitación universal; ya se ve en el malvado que asesinó y robó á su bienhechor, ya en el reo que subió temblando al cadalso, donde lo esperaba el cruel verdugo apoyado en el hacha de la ley....

Este examen de conciencia, ¡cuán provechoso no es! El Espíritu entonces se convence de que la justicia existe; que el *acaso* es una palabra vana y que, doquiera vaya, encontrará el brazo de la *Providencia*, encargado de premiarle ó castigarle, según sus obras.

2º La *erraticidad* es la condición de los Espíritus durante el período que media entre dos encarnaciones. No es un premio ni un castigo, sino la condición indispensable del que no tiene morada y espera el momento de tenerla. Así las abejas, á quienes se les ha quitado el panal, vagan por la floresta hasta que principian á construir una nueva habitación.

Sólo aquellos que por su grado de progreso ya no tienen que volver á animar formas mortales, no erran. Los cielos superiores son su morada, y se mueven en círculos que no conocen los seres atrasados.

Muchedumbres inmensas de Espíritus recorren el Espacio, esperando la hora de la reencarnación. Los unos son sabios y buenos, pero aún tienen pensamientos y deseos terrenales; los otros flotan indecisos entre el bien y el mal y entre la verdad y el error; y los restantes, quizá los más numerosos, son verdaderos parias, ilotas del vicio y del egoísmo, distribuidos en los peldaños más bajos de la escala moral.

Los primeros gozan de relativo bienestar, porque el mundo espiritual tiene atractivos indecibles para los buenos y los sabios; la vida de los segundos no es triste ni agradable, porque, si no padecen como los perversos, en cambio les acongoja la incerti-

dumbre del porvenir y no sin espanto miden la distancia que les separa de los Espíritus excelsos; mas los últimos sufren mucho en su nueva condición, porque no pueden satisfacer sus apetitos materiales y están muy apegados á las cosas de la tierra.

Si, Espíritus libertos, viajáramos á través del Espacio, encontraríamos seres sumergidos en la obscuridad y la melancolía, que se consideran como extranjeros en la patria celeste, porque la verdadera patria para ellos es la tierra, donde están los objetos de su cariño ó las imágenes de su odio; enjambres de Espíritus viajeros que recorren los mundos aguijoneados por la simple curiosidad ó por la sed insaciable de saber; Espíritus de codicia, solitarios y medrosos, que recuentan tesoros imaginarios; criminales acosados por los remordimientos; seres buenos que ilustran, compadecen y edifican á los ignorantes y á los perversos; poetas, filósofos, naturalistas, músicos, etc., absortos en las armonías celestes, persistiendo en las inclinaciones que mostraron en la tierra, etc., etc.

Mucho se ha fantaseado sobre la vida del Espíritu en el Espacio. Debemos hacer constar que su existencia es tan extraordinaria como incomprendible para nosotros. Sus sensaciones son muy diferentes. Poseen facultades y sentidos que nosotros desconocemos; en cambio, carecen del gusto y del olfato, y en cuanto al tacto, la grosera materia que nos rodea no los impresiona. Viajan con la rapidez del pensamiento, las tinieblas no existen para ellos, atraviesan todos los obstáculos, se entienden sin necesidad de gestos ó palabras, no revisten forma determinada; viven, en fin, en un mundo tan diferente del nuestro, que se comprende, sin necesidad de más explicaciones, que los seres atrasados anantes de la materia se aburran y desesperen en medio de tantas magnificencias y deseen volver á la tierra, verdadero paraíso de los brutos. Añádase á esto que los espíritus carecen de sexo, que el amor es puramente platónico, pues lo que aquí llamamos *idealidad* es allí la sola *realidad*, y que los instintos animales persisten en el cuerpo astral de los seres atrasados. . . .

3º Los espíritus no permanecen jamás ociosos; adelantan sensible ó insensiblemente, pero nunca se estacionan en la escala del progreso. El Espacio es fuente inagotable de provechosas enseñanzas. Allí los seres más adelantados congregan á los ignorantes y á los perversos y les muestran los tesoros de la sabiduría y la virtud; allí se contempla la verdad sin velos y se reconocen los resortes que mueven las pasiones; allí hay, según Marietta,

campo para una codicia sin límites de saber y eternos manantiales para una sed insaciable de amor.

CAPITULO III.

LOS ESPÍRITUS.

1º Jerarquía espiritual.—2º Espíritus imperfectos.—3º Espíritus buenos.
—4º Espíritus puros.—5º Angeles y demonios.

1º Los Espíritus difieren por su inteligencia y sus virtudes y por el esplendor y pureza de su envoltura celeste; mas son iguales ante Dios que á todos los hizo de la misma esencia y los dotó de idénticas facultades. Hay, pues, una jerarquía espiritual fundada en los propios merecimientos, no en el capricho de la Divinidad, á la que debemos vindicar de las culpas que sobre ella arrojan las religiones. Para siempre lancemos de nuestra alma esas fábulas odiosas. Dios no ha creado seres perversos por naturaleza para precipitarlos en un infierno incompatible con su justicia y con su bondad, ni Espíritus seráficos para poblar un cielo de eternas galas y de fruiciones sin fin. Según la moral espírita, cimentada en la lógica y en la razón incontestable de los hechos, cada sér es el artifice de su cielo y de su infierno; cada peldaño de la escala infinita del progreso se conquista á fuerza de virtudes, de sacrificios, de inenarrables combates contra la ignorancia y las pasiones. Esta escala surge de las tinieblas y va hacia la luz, en forma de espiral, y cada uno de sus tramos marca un grado de progreso en la vida del Espíritu. Animales, demonios, hombres, ángeles, arcángeles, etc., todos, atendiendo al impulso ascensional que nos ha impreso la Eterna Sabiduría, palmo á palmo conquistamos esos cielos, desde donde se columbran otros cielos más sublimes y nuevos horizontes se descubren, gozando así el alma de panoramas sin fin. Si un arcángel se nos presentara, caeríamos de rodillas mudos de asombro, heridos por los esplendores de su envoltura celeste, como Moisés en el Oreb, y le adoraríamos, confundiéndonle con la Divinidad. Sin embargo, sobre él existen seres

superiorísimos, que quizás no conoce, porque la relativa tosquedad de sus sentidos de arcángel no se lo permite, y que si á su vez se le presentaran en toda su gloria, le dejarían mudo de admiración y de asombro.

“La superioridad del espíritu —dice Denis— se conoce en su ropaje fluidico. Es como una envoltura tejida con los méritos y cualidades adquiridas en la sucesión de las existencias. Empañada y oscura en el alma inferior, se abrillanta depurándose en proporción de los progresos realizados.

“Cada Espíritu es un foco de luz, luz que velada durante mucho tiempo, se aviva con el valor moral, crece lentamente y aumenta en extensión é intensidad. Al principio es como un fuego oculto bajo la ceniza, que se revela por débiles chispas y se corona luego de una llama tímida y vacilante. Un día llega á ser auréola, adquiere vigor, se extiende, inflama al Espíritu entero que resplandece como un sol. . . . Para alcanzar este grado de brillantez y hermosura, se necesita un conjunto de trabajos, de obras fecundas, una acumulación de existencias que á nosotros, humanos, nos parecería la eternidad.”¹

Los Espíritus, según Kardec, admiten tres categorías principales. Hemos dicho que la escala del progreso es infinita, y, por lo tanto, no se puede establecer clasificaciones exactas; pero nos ajustamos á la del maestro Kardec por considerarla accesible, por su sencillez, á todas las inteligencias.

La primera división, en orden ascendente, comprende á los Espíritus *imperfectos*, caracterizados por el predominio de la materia sobre el espíritu; la segunda comprende á los *buenos*, caracterizados por el predominio del espíritu sobre la materia, y la tercera á los *puros*, cuya perfección nos parecería absoluta si no supiéramos que sólo Dios goza de este atributo.

2º Los Espíritus *imperfectos* se escalonan desde los peldaños más bajos de la animalidad hasta aquellos en que se encuentran colocados los seres que, aun gozando de las dotes de la inteligencia, son tan esclavos de la materia como las bestias más inmundas, pues sus pasiones no reconocen freno y viven en la depravación más espantosa.

La ignorancia, que suele conducir á innumerables aberraciones, no es tan perjudicial al espíritu como la ausencia del sentido

1 León Denis.—*Después de la muerte.*

moral. Hombres hay sencillos é ignorantes, pero de excelente corazón; en cambio, hay personas de inteligencia no común que son verdaderos cánceres sociales. *Aquéllos son preferibles á éstos*, porque es más fácil adquirir las prendas intelectuales que las morales. Facetar un diamante en bruto no es obra difícil, bien lo sabe el lapidario; pero convertir el plomo en oro es empresa ardua donde se estrellan los cálculos y esfuerzos del alquimista.

Los Espíritus imperfectos aman las sensaciones groseras de la carne y no comprenden la vida sin un objetivo puramente material. Niegan á Dios ó se lo figuran conforme á su naturaleza depravada.

La virtud es para ellos una palabra vana; el egoísmo preside todas sus acciones. El orgullo, la codicia, la lujuria, etc., les conducen al crimen, que no les causa la menor repugnancia, pues son insensibles á los acentos de la piedad. Sardanápalo, Cómmodo, Tiberio, Calígula, Nerón, etc., no fueron más que monstruos coronados, incendiarios, asesinos, incestuosos y sibaritas con manto de púrpura que aterraron al mundo con sus maldades y lo envilecieron con sus vicios.

“Todos no son esencialmente malos —dice Kardec— y en algunos abundan más la ligereza, la inconsecuencia y la malicia que la verdadera perversidad. Unos no hacen bien ni mal; pero, por lo mismo que no practican el bien, demuestran su inferioridad.”

2º Los espíritus *buenos* forman una inmensa clase neutra entre los imperfectos y los puros. El espíritu prepondera sobre la materia; los deseos carnales son menos violentos y en algunos casi nulos; aún sienten las acometidas de las pasiones, pero saben refrenarlas, y ya no el egoísmo, sino el amor, preside la mayoría de sus actos. Como hombres, son modestos, honrados, activos y generosos; aborrecen la injusticia y la hipocresía; son excelentes ciudadanos y buenos padres de familia; su ambición es siempre noble, pero como están muy lejos de ser perfectos, suelen errar y aun cometer acciones indignas; pero luego que comprenden el mal, se arrepienten y procuran repararlo, á veces á costa de muy grandes sacrificios. “Como Espíritus —dice Kardec— suscitan buenos pensamientos, alejan á los hombres del camino del mal, y neutralizan la influencia de los Espíritus imperfectos.”

En algunos de estos Espíritus la cualidad sobresaliente es la bondad; han progresado más moral que intelectualmente, y por

eso no disfrutan sino de una mediana ilustración. En otros, la cualidad dominante es la sabiduría; se ocupan más de la ciencia que del bien, y así progresan *sólo á medias*; pero sin rendirse nunca á las pasiones propias de los seres atrasados. Los *Espíritus superiores* ocupan el rango más elevado entre los buenos, porque su sabiduría los eleva sobre los unos y su bondad sobre los otros. Han cultivado al mismo tiempo sus facultades morales é intelectuales y en su frente sublimada resplandece la doble corona de la ciencia y el amor. No se encarnan con la frecuencia de los otros, y la Tierra no ha visto muchos de ellos. Cuando lo hacen, ilustran al mundo con sus virtudes y dejan huellas imborrables de su paso.

3º La influencia de la materia en los Espíritus *puros* es nula, y sólo el amor, amor sublime incomprendible para nosotros, informa todos sus actos. Son *oro* sin la menor liga de cobre ó de otros metales impuros, según el lenguaje alegórico de los alquimistas. Se han purificado en el crisol de esta vida mundana, que es un combate sin tregua entre el espíritu y la materia, entre la luz y las sombras; han trabajado y padecido mucho; y al fin se han hecho dignos de brillar entre las constelaciones de arcángeles que rodean —si nos es dable hablar en imágenes— el trono del Señor. Ya no tienen que sufrir más pruebas ni expiaciones; se han liberado de la rueda de nacimientos y muertes, y gozan de una dicha incomparable en el seno de la Sabiduría y el Amor eternos.

“Pero esa dicha —dice Kardec— no consiste en la *ociosidad monótona de una contemplación perpetua*. Son mensajeros y ministros de Dios; rigen á los seres que les son inferiores y les ayudan á perfeccionarse. Se les designa á veces con los nombres de ángeles, arcángeles y serafines.”

Los *Espíritus de Renuncia* ocupan el rango supremo en la escala espiritista. Son los *nirvanakayas* de las religiones hindas. Estos Espíritus sublimes, libres de la rueda de nacimientos y muertes, cuya envoltura celeste, ó *anandamayakhosa*, es más pura que la virgen nieve de la cima del Himalaya, cuando advierten que en un mundo la virtud declina, renuncian á los esplendores de su rango y animan un cuerpo físico, que para ellos es la verdadera cruz, pues de nuevo sienten las angustias de la materia, y en grado máximo, porque su naturaleza angélica no se aviene con la grosería de la carne. Su venida suele ser anunciada por médiums ó profetas.

Jesús fué, sin duda, uno de estos seres extraordinarios. No,

no es extraño que la humanidad le adore confundiéndole con Dios, aunque él jamás se proclamó como tal; su inteligencia soberana, su bondad inefable, sus poderes "milagrosos," el carácter providencial de su embajada, todo esto, sumado al sacrificio con que coronó su vida preciosísima, basta y sobra para rodearle de una auréola divina y poner á sus plantas un mundo para siempre redimido de la maldad y el vicio, verdaderas serpientes de este Edén.

4º *Angeles y demonios* hay; mas no como las religiones nos los representan. Satán no es un *sér real*, sino la personificación de todos los vicios y las mayores iniquidades. Dios no permitiría en su inefable bondad que existiese un monstruo semejante.

Los *demonios* son Espíritus atrasadísimos; mas susceptibles, como todos, de progreso. Los chinos los consideraban como intermediarios entre los brutos y el hombre. Los hay dotados de alguna inteligencia, caracterizada exclusivamente por la astucia y la malicia. Se gozan en el daño ajeno, y como la envidia los devora, cuando ven que un sér procura libertarse de los lazos de la ignorancia y sobreponerse á sus pasiones, procuran por todos los medios alejarle del camino del bien, desencadenan contra él todas las potencias de la carne, le sugieren sombríos pensamientos y anonadan su voluntad. En esta empresa se ven contrariados por los Espíritus buenos, que acuden en defensa de las víctimas, las libran de sus *garras* y las conducen á la verdadera senda. Mas los *demonios* no se dan por vencidos y vuelven á la carga, aprovechando cualquier descuido ó distracción de los *ángeles*, originándose así reñidos combates en torno de las almas hasta que éstas se bastan á sí propias para rechazar al *espíritu del mal*.

El *ángel de la guarda* no es un mito. ¿Qué es para el tierno infante la abnegada madre que vela su sueño, que aparta de la cuna con sus oraciones las *malas influencias*, que le procura el sustento, que le sostiene en sus primeros pasos y que daría, en fin, toda su sangre en su defensa? Así hay Espíritus que velan por nosotros constantemente, que fueron quizás nuestros padres ó nuestros hermanos en otra época, amigos abnegados que nuestra alma evoca en los peligros, aunque de ello no nos demos cuenta.

El Espacio está poblado de Espíritus de *venganza*, de *codicia* y de *lujuria*. La tumba no sella los odios suscitados aquí en la tierra, y muchos dramas que se desarrollan entre nosotros, reconocen como causa crímenes antiguos, injusticias de otras existen-

cias, que no olvidan aquellos cuya alma depravada aún no conoce la virtud inefable del perdón.

Dichosamente, si hay *demonios* hay *ángeles*, y todo el poder de las tinieblas no es capaz de resistir á la benéfica influencia de uno solo de esos *querubines* ¹ que velan por el progreso moral de los mundos confiados á su guarda.

CAPITULO IV.

LA ELECCIÓN DE LAS PRUEBAS.

1º Las pruebas.—2º Arrepentidos y misioneros.—3º El suicidio.

1º Llámanse *pruebas* en lenguaje espiritista las calamidades, sufrimientos ó trabajos á que voluntariamente se somete el Espíritu que desea progresar.

La elección es libérrima. Nadie nos obliga á reencarnar en tal ó cual condición.

“El hombre en la tierra — dice Kardec— y bajo la influencia de las ideas carnales sólo ve el aspecto penoso de las pruebas, y por eso parécele natural elegir aquellas que, á su modo de ver, pueden aliarse con los goces de la materia; pero en la vida espiritual compara estos deleites fugitivos y groseros con la inalterable felicidad que entrevé, y entonces, ¿qué le son algunos sufrimientos transitorios? El Espíritu puede, pues, elegir la más ruda prueba, y por lo tanto, la existencia más penosa, con la esperanza de llegar más pronto á mejor estado.”

Cada encarnación es una prueba. Al someterse á las vicisitudes de la materia, los Espíritus que han alcanzado cierto grado de progreso sufren, pues no sin dolor se renuncia á los esplendores de la vida celeste. En cambio, los Espíritus atrasados lo hacen sin el menor disgusto y aun esperan con impaciencia la hora de unirse á un nuevo cuerpo, porque ignoran el bien que pierden y aman las groseras sensaciones de la carne.

¹ Los *Elohim* de los hebreos, los *Espíritus planetarios* de las religiones del Irán.

Cuando el Espíritu regresa al Espacio, estudia sus defectos y resuelve desprenderse de ellos en la siguiente encarnación. "Yo sé mucho —se dice el sabio— y tengo grandes virtudes; pero el orgullo empaña mi sabiduría y mi bondad. Debo ser humilde, y lo seré. Reencarnemos, pues, en condiciones que me aparten de toda vanidad. Elijamos una forma física inadecuada á nuestro grado de progreso, y una humilde posición social." Esto se dice, y he aquí que, siendo un Newton, un Lincoln ó un Laplace, renace en una aldehuela, entre groseros campesinos.

El pastor que cuida de vuestras cabras, la cocinera que os adereza la comida, la sirvienta que os aseá la casa, etc., pueden ser Espíritus más elevados que vosotros. ¹ Acordáos de la humilde criada francesa que en estado sonambúlico trataba con singular despejo arduos puntos de política, ciencias, artes y filosofía con estupefacción de sus amos.

2º Entre las innumerables pruebas á que suelen someterse los Espíritus, algunas traspasan los límites ordinarios. Dos clases de Espíritus se las imponen: los *arrepentidos*, por reparar algún daño ó enaltecerse á sus propios ojos, y los *misioneros*, por redimir á sus hermanos, ilustrándolos con el ejemplo de la virtud en medio del sacrificio.

Llega un día en que el arrepentimiento hace presa del alma culpable; la venda que la esconde á sus propios ojos, cae, y, al contemplarse á sí misma, retrocede horrorizada. Espíritus bellísimos cruzan por su lado; himnos de adoración suben á las alturas; ve cumbres que no sospechaba y la fuente de la dicha inalterable se le representa en el bien, en el sacrificio, en el amor. "¡Oh, cuán bella y feliz fuera yo —exclama acongojada— si hubiera elegido mejor senda!" Entonces medita en la manera de reparar sus crímenes y libertarse de sus vicios. ¿Qué mejor procedimiento que pasar por el *mismo aro* porque pasaron sus víctimas? Algunos resuelven castigarse así; pero los más, pensando que poco importa la forma del castigo con tal de que sea no menos ejemplar, reencarnan en cualquier condición dolorosa, y como si tuvieran la intuición de aquella hora solemne en que decidieron expiar sus culpas, durante su vida terrestre se muestran resignados y nunca acusan á Dios, aun en medio de las miserias mayores.

1 "Hay cuerpos de hoy con alma de ayer... En la feria de Roqueiriña quién sabe con cuántos reyes antiguos tropezamos al andar á contronazos con los vaqueros"—Eça de Queiros, *La Ciudad y las Sierras*.

Los *misioneros* son Espíritus que, llenos de santo celo por el progreso de sus hermanos, no vacilan en sacrificarse, como esos nobles sacerdotes de la comunidad cristiana que, abandonando los esplendores de la civilización y la compañía de los seres queridos, se destierran voluntariamente al centro del África, á la Oceanía ó á las regiones salvajes de Norte-América.

En medio de una naturaleza hostil, derraman los tesoros del Evangelio sobre infelices salvajes, arrojando los mayores peligros con la sonrisa de los mártires. ¿Cuál es el premio de sus desvelos? Leed la *Historia de las Misiones*; muy pocos regresan á sus hogares; muchos mueren á manos de los bárbaros que fueron á redimir, en medio de los tormentos más horribles, y otros rínden el alma intrépida al Creador, víctimas de las fiebres, en chozas miserables, pero con el semblante iluminado por el goce indecible de la misión cumplida...

No ignoran, no, los Espíritus misioneros los obstáculos y peligros que encontrarán en el cumplimiento de sus propósitos. Eligen la senda de espinas, porque saben que cada lágrima que derramen por sus hermanos, irá, transformada en preciosísima perla, á aumentar la inmaterial belleza de su corona de arcángeles.

3º No todos los Espíritus aceptan con resignación las pruebas. Una vez en la tierra, se desatan en blasfemias contra el Creador, creyendo en su torpeza que Dios es bueno para los unos y malo para los otros. Las injusticias les irritan, las desigualdades sociales les trastornan, y llaman *reveses de la fortuna* á las consecuencias inevitables de sus actos ó á las miserias hijas de la condición que á sí mismos se procuraron.

Otros Espíritus, de categoría más elevada, pero débiles de carácter, cuando llega la hora de la prueba, retroceden espantados, y, antes de sobrellevar con resignación sus dolores, resuelven ponerles fin regresando violentamente al plano espiritual, crimen inaudito cuyas terribles consecuencias nos han expresado en elocuentísimo lenguaje las entidades del Espacio. El alma del suicida, lejos de encontrar el reposo anhelado, cae en una turbación inenarrable...¹

1 "No se puede pasar violentamente de un estado á otro —dice Pezzani— sin haber sufrido la prueba y sin haberlo merecido."

Esta misma idea se halla expresada en el cántico de los iniciados de los grandes misterios: "Falkir, ¡deploro tu desgracia; quisiste evitar la lucha, quebrantando la prueba con la muerte; no se puede subir sin es-